







Ahora creemos  
en esas cosas

FACTOTUM  
EDICIONES

Santoro, Sonia

Ahora creemos en esas cosas / Sonia Santoro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2025.

160 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-4198-72-3

1. Literatura Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A860

---

© Sonia Santoro, 2025

© Factotum Ediciones, 2025  
Pasaje Rivarola 115 (1015)  
Buenos Aires, Argentina  
[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

Corrección: Juan Manuel Massaro  
Diseño de maqueta: Renata Cercelli  
Imagen de solapa: Santiago Cichero  
Imagen de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-4198-72-3

Libro de edición argentina.  
Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Ahora creemos  
en esas cosas

Sonia Santoro

FACTOTUM  
EDICIONES







*A mi madre.*

FACTOTUM  
EDICIONES





**I**

*He construido un jardín para dialogar  
allí, codo a codo en la belleza, con la siempre  
muda pero activa muerte trabajando el corazón.*

Diana Bellesi, *El jardín*

FACTOTUM  
EDICIONES



12 de febrero de 2019

*Hace tres días que sueño con ella.*

*Vamos a un lugar de tratamiento alternativo, un espacio laberíntico que de pronto desemboca en una ciudad paralela. Hay mucha gente en una fiesta y yo ansío que me saquen a bailar. Cuando busco a mi mamá para llevarla a atenderse, me dice que ya es tarde.*

*—Era a las once —reclama.*

*Todavía no son las once y yo estoy segura de que llegamos, pero ella insiste con que no. “Es tarde”, repite en el sueño.*

*Me despierto, son las cinco y no vuelvo a dormirme. Hoy nos vamos cuatro días a Ushuaia y es normal que esté nerviosa, siempre lo estoy antes de viajar. Aunque ahora nada es como siempre. Justo ahora, la palabra “siempre” empieza a perder sentido.*

*Escribo en mi diario mientras desayuno y le mando un mensaje al plomero para arreglar el flotante que se rompió ayer. La vida sigue. Mientras las madres se enferman de cáncer, los flotantes se rompen, los plomeros no te contestan el teléfono y todos queremos vacaciones.*

*Cuando estoy por salir a comprar, suena mi celular. Es un número que no conozco. Habla una tal Rocío, del sanatorio, dice que los familiares tienen que ir urgente. Se corta. Contengo la respiración. Esto no puede estar pasando, justo ahora. Quiero correr, escaparme, ser otra.*

*Vuelve a llamar. Le digo que tengo un vuelo en una hora, si me puede dar más detalles. No puede. Se vuelve a cortar. Llamo al sanatorio. Me parece sospechoso que me llamen de un teléfono celular y no del conmutador. Prefiero creer que me quieren estafar. Pero la información es la misma, los familiares deben acercarse. Llamo a D.*

*–Estoy yendo a Zona Norte, a la otra punta, es una reunión importante, ¿tengo que ir? –dice. No es una pregunta, es un comentario que espera un no por respuesta.*

*–Algo pasó, si no no me llamarían a esta hora.*

*–Está bien, voy –dice.*

*–Yo también.*

*A esta altura todavía pienso que solo debe ser que mamá cayó un escalón más en la escalera sin fin de su enfermedad. Tal vez llegue a ir y venir para mi viaje. Subo corriendo a mi habitación, me siento en el piso y mientras me pongo las zapatillas llamo a mi ex. En algún momento empiezo a llorar.*

*–Algo pasó, si no no te llaman, ¿no? –le repito, suplicante.*

*No me animo a nombrar la palabra muerte a pesar de que la vengo pensando cada uno de los días desde hace diez meses. L. se despierta por mis movimientos apurados y me mira desde la cama, soñoliento. Me detengo frente a la puerta. Su valija está en el medio de la pieza, la mía en el pasillo.*

*–Le pasó algo a la abuela. Voy a verla. Ahora viene papá.*

*Le doy un beso y corro al auto. Enciendo la radio de todos los días. Es hora pico y hay bastante tránsito. Subo a la autopista. Pienso todavía en la posibilidad de llegar a Ezeiza.*

*A la media hora, D. me avisa que ya llegó. Yo llego cinco minutos después. Lo veo de traje, parado en las escaleras de la entrada del sanatorio. Él nunca lleva traje. Imagino que me está esperando para entrar. Cuando estoy un escalón debajo suyo, le pregunto:*

-¿Entraste?

-Ya está -dice.

*¿Qué me quiere decir con "ya está"? ¿Es que nadie puede decir las cosas por su nombre?! Mi cabeza deriva en reclamos sin dirección, en cambio, pregunto:*

-¿Hablaste con la médica?

*Todavía pienso que D. se puede haber equivocado.*

-Subí directo... Hay un biombo, la vi...

*La vio, él la vio. Ya está. Al final de la escalera. Muerta. Eso quiere decir "ya está". Lo abrazo y lloro un rato largo. Hace tanto que no abrazo a mi hermano.*

-Tranquila, tranquila... -me dice. Sigue siendo él.

*Es bueno que D. esté justo ese día, que haya llegado primero y me permita sentirme arropada después de todos estos meses en que estuve a cargo.*

*Cuando me recupero un poco, le pregunto:*

-¿Vos no llorás?

*Él no llora. No ahora. No como lo hizo en el velorio de papá, arrinconado en uno de esos bancos largos de cuerina verde, con su novia, desconsolado. Crecimos. Ya tenemos recuerdos de varias décadas atrás. Este junio se cumplirán veinticinco años. Eso es mucho tiempo. Pero las muertes llaman a otras muertes. Las actualizan. Ahora pienso en ese día también. Y en que quedamos solos. Ya no hay nadie por encima de nosotros para ser el escudo protector ante la muerte. Ahora, aunque no tenemos certeza de cuándo, sabemos que nos toca a nosotros.*

Volví a tu casa después de un mes. En la parte de adelante, el pasto llegaba casi al macetero como en esas películas distópicas en que un futuro donde la vida humana escasea, los

espacios deshabitados son copados por pastos, gramillas, vegetaciones de todo tipo que no temen meterse en un agujero para salir en una grieta más adelante o aguantar al sol hasta que la lluvia les regale un respiro de agua. Te hubieras amargado de verlo así. Ahora D. se ocupa de mantenerlo bien cortado, quién lo hubiera dicho. Es el mismo que requería llamada personalizada para que hiciera algo por vos. Puso a su pareja a cuidarte, así como papá te puso a vos a cuidar de su madre y de su hermano; y a ocuparte de la casa y de nosotros mientras él trabajaba afuera y traía la plata, junto con las exigencias de atención. Éramos una familia tipo.

La mayoría de las plantas se vinieron abajo y algunas se desbordaron. Los durazneros, sobre todo, pero también la planta de mamón, fueron vencidos por las frutas acumuladas y podridas.

Era tierra arrasada y la flora sobrevivió como pudo. Efrén Giraldo cuenta en su libro *Un ensayo sobre la flora. Sumario de plantas oficiosas*, que se decidió a escribirlo cuando se enteró de que había árboles que habían sobrevivido a la bomba de Hiroshima y seguían floreciendo, algunos inclinados hacia el epicentro, como señalando con el dedo el lugar de donde había surgido la herida. Esos árboles guardaban en su cuerpo esquirolas, guijarros, hierros, restos de la bomba. No los habían expulsado, con ellos convivían más de setenta años después como para seguir siendo memoria de aquel horror.

Tu muerte, mi bomba de Hiroshima, hizo lo propio con tu jardín.

“Tener un jardín, es dejarse tener por él y su / eterno movimiento de partida. Flores, semillas y / plantas mueren para siempre o se renuevan”, escribió Diana Bellesi.

Y también: “El jardín exige, a su jardinera verlo morir”.  
No fue tu caso, fuiste vos la que nos obligaste a verte.

El ciruelo parecía un viejo triste con sus ramas grisáceas despeluchadas. Pensar que había sabido dar unas ciruelas amarillas carnosas que chorreaban al morderlas. Un verano habíamos colgado una hamaca paraguaya de su tronco. Hacía mucho calor, pero no se nos ocurría comprar un aire acondicionado. No creo que no tuviéramos plata para hacerlo, simplemente era un lujo que no se acostumbraba. Entonces, pasábamos las tardes a la sombra. Me acuerdo de que mi novio de ese momento estaba preocupado por la tristeza que me envolvía. Pidió hablar con mi psicóloga. Yo tenía veintiuno. Estaba angustiada sin saber por qué, si por mi padre perdido de repente, por esa relación algo adictiva o porque no encajaba en ese jardín varedense, aunque ahora pueda mirarlo con añoranza. Todavía no lograba darme cuenta de que tendría que irme. Comía ciruelas calientes recién arrancadas del árbol. Me las metía enteras en la boca y escupía el carozo. Tenía problemas con la comida también. El ciruelo ya era viejo y con los años fue perdiendo los gajos. Para cuando te enfermaste, ya no daba más frutos. Las hortensias que lo rodearon durante décadas parecían aplastadas por un camión. Sus pétalos lilas yacían macilentos, desparramados y ausentes. El árbol de nísperos había escupido un tropel de frutos que fermentaban entre el pastito de hojas redondeadas bajo sus pies. Me acordé de cuando papá dijo que si los juntábamos podíamos ganar plata vendiéndolos en el mercado. La plata siempre era importante. Tener o no tenerla, saber hacer plata, darte mañana para los

negocios, ser buen vendedor. Supongo que fue la única vez que los juntamos con entusiasmo, porque la piel áspera y su sabor ácido no tenían grandes adeptos en casa.

Al lado hacías tu compost mucho antes de que se pusiera de moda. A mí me parecía de mal gusto. Menospreciaba tu saber y tus ganas de reciclar y devolver más vida a la tierra. Me espantaban el olor y las mosquitas. Todo me daba asco hasta que fui madre. ¿Te acordás de mi libro sobre la maternidad? Hablaba de eso, de que en algún momento terminamos haciendo las mismas cosas que nuestras madres, empezamos a entenderlas, a perdonarles ciertas maneras. No todas por supuesto. El título *–Y un día me convertí en esa madre que aborrecía–* me dio culpa por mucho tiempo porque pensé que te sentirías acusada. No hablamos de ese título, de lo que significaba para mí y el impacto que podría tener en vos, como tantas otras cosas de las que no hablábamos.

Entre las costumbres tuyas que odiaba y que terminé repitiendo, hice compost. Me contagié de la admiración por la riqueza de esa tierra producida por desechos y lo virtuoso de dedicar un poco de tiempo y de organización a generarlo que me transmitió un novio. Empecé con un tacho de veinte litros de pintura que él agujereó. Lo llené muy rápido porque siempre fuimos de comer mucha verdura. Al tiempo aparecieron sonidos extraños en el techo de mi pieza que asocié con ratas y le eché la culpa al compost. Tal vez, como me dijo él después, estaba volviendo a ser quien era. Yo no era la del compost. Esa eras vos.

Ese arbusto que estaba al lado del rincón del compost fue tal vez uno de los pocos que se conservó. Ahí se escondían troncos. Cuando papá decidió poner la salamandra, el jardín se

llenó de troncos que había que hachear. Vos seguiste haciéndolo aún después de su muerte. Encontrabas cierto gusto en eso, aunque a veces tuvieras un dedo “mocho”, como decías, porque te lo habías martillado, o raspaduras en los antebrazos o en una pierna. A mí me parecía absurdo tanto trabajo para un poco de calor, pero vos te entretenías. Qué mal suena dicho así. Mejor, te daba placer trabajar para tu propia calefacción y sobre todo ver el fuego, tirar papeles, cartones a la salamandra, escuchar el boom y ver cómo el fuego se agrandaba unos segundos para volver a aplacarse después.

Por esa zona del jardín fue la historia de las abejas, cómo olvidarla. Yo tendría quince o dieciséis años. Me acuerdo porque mi regalo de los quince había sido una inversión obligada en el emprendimiento de mi hermano para producir miel; algo que me daría muchos dividendos, que nunca llegaron. Yo acepté. ¡No puedo creerlo! Como vos que aguantabas todo, que estropearan el pasto poniéndose a arreglar un auto y volcándole aceite o con los cajones de abejas instalados contra la medianera sin preguntarte. En el fondo, consideraban al jardín como una tarea de poco valor que hacían las mujeres.

Un día te sentiste mal y te tiraste en la cama boca arriba, con los pies colgando en el borde. Se te empezó a hinchar la cara. Estaba F. y corrió a buscar a su padre, que te levantó como se alza a las novias y te llevó en el auto a una clínica, desmayada, tu cabeza cayendo como un girasol al atardecer. Estuvieron a punto de hacerte una traqueotomía. Cuando lo supe, solo podía pensar en ese conocido que tenía la voz rasposa y aspirada que me daba terror. Pero te salvó el Decadron inyectable. Viste que en esa época se decía que era de lo más común morirte por tragarte una espina de pescado

o un hueso de pollo. Se contaban historias de muertes estúpidas y en otras el Decadron era siempre el gran salvador de las glotis compungidas. También salía mucho la operación de amígdalas. Yo pasé por eso porque tenía anginas a repetición con fiebre muy alta. Me acuerdo de que me operaron en el consultorio del médico, sentada, a mis quince años. Otra que fábrica de hacer chorizos. Se usaba mucho el Proetz para la sinusitis. A la abuela le hacían dos por tres ¿te acordás? El azufre para cuando te entraba aire en el cuello y te quedabas dura. Las Aspirinetas rosas para todo. En un momento decían que había que tomar una por día para prevenir infartos. No sé si servían, pero qué ricas eran. Quería enfermarme para poder masticarlas y demorarlas en la boca.

El asunto es que la vez de las abejas estuviste unos días internada y yo me sentí en falta por no cuidarte. Estaba enferma, tenía gripe o algo así. Pero no estoy segura de que me sintiera tan mal. Sospecho que me negué a cuidarte, a hacer lo que vos debías hacer conmigo.

15 de febrero de 2018

*En una semana tengo que someterme a una pequeña intervención quirúrgica que requiere de un día de internación y algunos cuidados menores. Le pido a mamá que me acompañe. La llamo por teléfono y pronto la conversación se vuelve tensa. Me dice que no puede, que cambie la fecha de mi operación porque ella no se siente bien.*

*No la entiendo. Le contesto que no voy a cambiar la fecha, que ya me las arreglaré, muletilla que uso cada vez que pido algo y no me lo conceden. Hace tiempo que estoy un tanto molesta porque siento que desde mi separación me dejó bastante sola con mis hijos. O desde antes. Cinco o seis años atrás, cuando su madre se enfermó, ella la*

*llevó a su casa para cuidarla hasta su muerte, y dejó de visitar a sus nietos. Mientras la escucho, algo en mí no le cree y le reprocha el haber dedicado tanto cuidado a su madre.*

Todavía no imaginaba lo que pasaría, aún era una hija reclamante ante su madre que todo lo podía. Apenas vislumbraba una sombra del futuro en ciertos dolores de espalda difusos que decías tener desde hacía algunos meses.

La vez de las abejas, a papá ni se le ocurrió dejar de trabajar para cuidarte, te cuidó tu sobrina, de mi misma edad. Ahora que lo pienso me parece insólito que no se hubiera quedado un adulto. Desde ese día no hubo más abejas en casa. Aunque D. sigue con el fetiche, este año está exultante porque tiene ciento veinte cajones, en el campo, como corresponde.

De ese jardín tuyo, tan salvaje a su manera, no quedó nada. Había, cuando volví, otro tipo de salvajismo, deshumanizado. Un desborde sin guía. Entendí que esa desprolijidad del jardín cuando vos estabas, ese exceso de plantas venidas en vicio, amontonadas en macetas, armadas con gajos pedidos o robados, era una desprolijidad cuidada, acompañada. No recuerdo el rito de ir al vivero a comprar flores. Alguna vez ibas a comprar pensamientos o copetonas, pero eso hacia el final fue cambiando.

Una amiga me hizo valorar hace poco la belleza de los jardines silvestres, los pastos sin cortar y las flores no consideradas flores como las de los cardos, por ejemplo, esos que crecían al costado del camino del campo y que siempre mirábamos con recelo porque podían pinchar. Vos ya lo sabías o

lo fuiste aprendiendo con los años. Lejos de los jardines con canteros perfectamente delineados y pasto rasante, preferías un diseño más libre. Amabas estar “culo pa’ arriba”, como te gustaba decir, arreglando tus plantas.

El único pecado en el jardín era no usarlo, quedarse adentro cuando el día era soleado. Un pecado con el que cargo.

El imperativo de la felicidad siempre estaba asociado a la naturaleza. Estar encerrados y, más, leyendo, era nocivo para la salud. Los sábados me gustaba quedarme en la cama con un libro y papá venía a decirme que me levantara, que había que hacer cosas, que debía ayudarte, porque además de niña era una futura mujer. Todavía tengo la cicatriz en el dedo índice izquierdo de un corte que me hice limpiando una coliflor a desgano.

Había que estar afuera, disfrutar de los días lindos, hacer cosas, moverse. Tomábamos vacaciones en casilla rodante. Nos despertábamos porque el motor arrancaba y las ventanillas temblaban. Papá (siempre hombres al volante) retomaba la marcha de la casilla por alguna ruta argentina. Lo veía desde la cucheta, metida entre las sábanas, y seguía durmiendo, estirando ese pequeño placer lo máximo posible, como si supiera que esa alegría no podía durar. Vos le cebabas mate de acompañante y seguramente ya estabas pensando en qué ibas a preparar para que comamos.

En esa época no entendía el gusto por viajar durante horas en la casilla para encontrar un paisaje, por más hermoso que fuera. Prefería jugar a las cartas antes que adorar el Cerro de los Siete Colores o el Cañón del Atuel, algo que a ustedes los enfurecía. El repertorio era redundante: chinchón, casita robada, culo sucio, desconfío, escoba del quince, más tarde vendría el truco. Ahora

me entero de que al otro lado del mundo pasaba algo parecido. Ivan Jablonka escribió un libro sobre sus vacaciones infantiles recorriendo Estados Unidos y la cuenca mediterránea en lo que él llama una autocaravana. Allá como acá, había una obligación de disfrutar. Había que ser felices porque había otros que no podían o no habían podido viajar o no tenían lo que nosotros.

Tu vida y la de papá fueron mucho más duras que las nuestras. El recuerdo de sus propias infancias era el parámetro para exigirnos felicidad. Ese estado solo podía alcanzarse al aire libre, practicando deportes, andando, haciendo sin parar, recorriendo kilómetros, aprendiendo siempre algo nuevo que involucrara el cuerpo.

Dice Jablonka que había en esa alegría estival una familiaridad con la muerte. Sus abuelos por parte de padre habían sido asesinados por el nazismo y los de parte de su madre se salvaron por milagro. Se pregunta si en esos recuerdos bañados de luz solar y felicidad no hay algo falso y él no estaba creyendo que era feliz solo para hacer feliz a su padre. Un padre para quien la alegría de estar vivo no podía separarse de la culpa por haber sobrevivido. Su padre les gritaba “¡Sean felices!”. Y él encuentra cuatro motivos para explicar ese mandato: porque su infancia era objetivamente más feliz que la de su padre, porque si no lo era el padre podía sentirse culpable, para que al menos alguien lo sea en la familia, porque si no el padre no merecía haber sobrevivido. Esa alegría chillona y solar que le imponían no era la más apropiada para él, que parecía estar cumpliendo ese rol como una marioneta.

El libro me hizo pensar en la dificultad de los adultos criados en la posguerra y en la pobreza para ser felices y la exigencia a los hijos e hijas para que completen esa falta.

La familia de papá había huido de Italia por miedo a que surgiera otra guerra. ¿Y la tuya? ¿Cuál era el temor que la impulsaba?

Busqué en tu pieza la foto de ese niño pelado con ojos grandes recién llegado de Italia que alguna vez me mostraste, pero no la encontré. La posibilidad de volver a pasar hambre lo atormentó hasta su muerte. Nos decía que nos íbamos a morir de hambre porque no sabíamos cuidar la plata o gastábamos mucho. ¿Te acordás? Vos en cambio eras hija de criollos. Vivías con padre, madre y hermana en un campo, en él se ocupaban del tambo, de la granja, de mantener la casa de los dueños. Me contaste alguna vez que el equilibrio frágil de esa economía se rompió cuando tu papá enfermó de cáncer y murió cuando vos tenías quince años. Qué chiquita. Encontré, sí, una foto de tus quince donde estás parada junto a una pared de mimbre con afiches de música: Brasil Novo. Me sorprendió ese marco tropical para vos que nunca pudiste seguir el ritmo de la música y menos de la brasilera, pero ya te ves como una mujer bastante parecida a la que se casaría tres años más tarde. Tenías un vestido blanco hasta las rodillas, zapatos en punta y el pelo armado como un casco cayendo apenas debajo de la mandíbula. Sonreías con timidez, sin que se vieran tus dientes. Supongo que tu papá ya estaba enfermo y quién sabe si intuías cómo terminaría todo.

En el campo había que tener auto. Con los años adoptamos el gusto de ustedes por manejar. Hoy, que hace tanto que no escucho el ronquido del Mercedes, ni el canto de los teros en mi ventana; ahora que la lluvia ya no es amenaza de días

de barro, no puedo desprenderme de mi coche. Como vos, que no lo largaste hasta el final, cuando las dos jugamos el juego de que yo te mentía y vos me creías para que firmaras un formulario 08 y pudiéramos venderlo antes de que fuera tarde.

Volviendo a tu jardín, qué decirte de las achiras. Estaban quemadas y habían perdido toda su elegancia. Achira siempre me hacía pensar en una señora achinada y elegante, con los párpados delineados que hoy podría definir como “a lo Clarice Lispector”. Es curioso que se me aparezca esta escritora que siempre me pareció hermética. En las fotos se la ve distante, mirando de soslayo. Clarice se llamaba en realidad Chaya Pinjasovna y había nacido en Ucrania en 1920, un año después toda la familia huyó de los pogromos antijudíos y luego de un periplo se instaló en Brasil. Ahí empezó a llamarse Clarice: clara, luminosa, ilustre. Se dice que su madre había contraído sífilis porque había sido violada durante la Primera Guerra. En esa época se creía que los embarazos curaban la enfermedad y, en parte, el nacimiento de Clarice había tenido que ver con eso. Sin embargo, su madre no se recuperó y murió diez años después. Clarice nunca se perdonó por eso. Hubiera querido simplemente un milagro: nacer y curar a la madre. Yo también a veces todavía siento culpa (cuántas veces escribo esta palabra para hablar de vos) por no haberte salvado, por no haber insistido para que te hicieran estudios antes, por no haberte traído a casa, por no haber dejado todo para cuidarte. Por no haber intentado vengar tu muerte, como esos personajes de la literatura o el cine. La venganza suele ser lo único que les queda y, si bien logran su cometido, en el instante de hacerlo se dan cuenta

de que no sirve de mucho. ¿Es posible vengar una muerte? ¿Cómo hacerlo con la tuya? ¿A quién debía acribillar?

Clarice tuvo una capacidad especial para narrar la subjetividad de sus personajes y meterse en los sentimientos contradictorios y complejos. En el cuento “Vínculos familiares” narra la relación entre una madre y su hija, cuando la madre visita a la hija en su nueva casa. A punto de irse hay una pregunta que repite: “¿No me he olvidado nada?”. Una lectura posible es que madre e hija habían olvidado de qué material estaba hecha su relación. Como si madre e hija fueran vida y repugnancia, dice Clarice. La madre le dolía a la hija. Las madres duelen. Y sin vos, estoy seca como un higo seco donde todavía hay un poco de humedad, como diría Clarice.

¿Si hubieras sido planta serías una achira? ¿Así, alta, de cuello largo? Capaz suene cursi, ahora no me importa serlo. La muerte vino con una valija de emociones trilladas. ¿O serías una orquídea de esas que florecen en invierno en ramillete rosa pálido con un interior morado fuerte y unas pizcas de amarillo? Las orquídeas te gustaban mucho porque eran exóticas y difíciles de mantener. Había que saber sus mañas para lograr que sobrevivieran. Sí, las orquídeas han desatado pasiones. Cuenta Giraldo que hubo una “orquideomanía europea” que llegó a su apogeo en 1845; que se hicieron fortunas con la comercialización de estas especies misteriosas. Todavía hoy en Colombia, en donde es la flor nacional, la búsqueda de orquídeas raras es una ocupación aristocrática que consiste en hacer expediciones a zonas inaccesibles. El sueño de todo expedicionario es descubrir una especie nueva y darle su nombre.